

El sentido de la perestroika. Formulación tras cinco años de reformas*

Gorbachov, Mijail

La historia de la perestroika cuenta ya casi cinco años. El proceso de transformaciones revolucionarias de la sociedad, iniciado al calor de las decisiones de abril de 1985, va cobrando dimensiones cada vez más amplias y contenidos nuevos y más profundos. Desde que la perestroika ha entrado en contacto con «capas densas» de nuestra realidad económica y social, hemos comenzado a ver muchas cosas de una manera distinta.

La labor teórica del partido desde abril de 1985 ha venido marcando etapas en el conocimiento de nuestra propia condición y en la comprensión adecuada de los objetivos inmediatos y estratégicos de la perestroika. Analizar la trayectoria recorrida y renovar la concepción del socialismo, definir las principales características de su nueva imagen y las vías de acceso a un estado cualitativamente nuevo de la sociedad soviética, estas y otras cuestiones teóricas fundamentales han sido puestas por el Partido en el centro de amplios debates. Los científicos han realizado un enorme trabajo teórico y práctico en los años de la perestroika.

El socialismo aún tiene que racionalizar a fondo el profundo sentido de la idea que está en su origen, haciéndolo, por supuesto, en el contexto de la etapa actual del desarrollo de la civilización humana. Los siete decenios transcurridos desde octubre de 1917 son un plazo histórico bastante breve como para construir la nueva sociedad que marca el inicio de una nueva época en el progreso de la Humanidad. Concebimos la perestroika como una prolongada fase en la evolución histórica del socialismo, fase en cuyo transcurso se liquida el sistema burocrático-autoritario y se articula un organismo social basado en la democracia y autogobierno.

En este período de transición, revolucionario por su propia esencia, se juntan, se entrelazan y cooperan distintos factores y elementos. En medio de la competencia entre diferentes formas e instituciones económicas y sociales, entre diferentes tendencias ideológicas va cristalizando la nueva calidad de la vida social, la nueva imagen del socialismo, cuya renovación es un proceso que supondrá decenios, es decir, que traspasa los umbrales del siglo XXI.

Superar el éxtasis de la confrontación

Hoy como nunca es importante responder al interrogante sobre los nuevos enfoques del socialismo, sobre una nueva visión de sus características fundamentales.

En primer término, de estos principios deben quitarse los elementos de confrontación, de contraposición absoluta, incluso metafísica de los sistemas sociales de hoy. La propia vida y su dialéctica, los problemas y peligros globales que afronta la Humanidad, requieren pasar de la confrontación a la colaboración entre los pueblos y Estados, sea cual fuere su régimen social.

El hecho de ser parte de la civilización humana, por cuya conservación somos responsables, coadyuva a superar el enfoque confrontacionista. Sin embargo, en medio del éxtasis de nuestra oposición franca y abierta al capitalismo, no hemos podido valorar debidamente el significado de cuanto ha creado la Humanidad a lo largo de los siglos. Entre estos logros de la civilización figuran no solamente las normas de moralidad y justicia sino también los principios del derecho formal, o sea, la igualdad de todos ante la Ley, los derechos y las libertades del individuo, los principios de la producción mercantil y el intercambio equivalente basados en la ley del valor. En la conciencia social se afianza actualmente, cada vez con mayor certidumbre, la idea de que la producción mercantil y los métodos económicos de gestión al nivel actual de desarrollo del socialismo, constituyen su elemento orgánico.

La idea del socialismo, como la comprendemos hoy, es, ante todo, la idea de la libertad. Los fundadores del socialismo científico vinculaban estrechamente el motivo principal de la revolución social - la emancipación de la clase obrera - con la liberación de «todo el género humano» de todo tipo de opresión y explotación. (Véase: Marx, Engels. Obras, t. 19, p. 246, ed. rusa). Se trataba de la libertad basada en el raciocinio humano, en las ideas humanitaristas sobre los derechos del individuo que vive entre otros seres humanos, de la libertad que no tiene nada que ver con la anarquía, con la arbitrariedad destructora e interesada. Por eso la concepción socialista de libertad se une de forma orgánica a las ideas de la comunidad y la colectividad. Pero una colectividad no de cuartel que nivela al individuo sino aquella a la cual Marx y Engels solían llamar auténtica colectividad en cuyas condiciones «los individuos obtienen la libertad en su asociación y por medio de la misma» (Idem, t. 3, p. 75, ed. rusa).

Es de lamentar que precisamente esta faceta de la idea socialista haya sufrido las mayores tergiversaciones. En nombre de un colectivismo falsamente comprendido se menospreciaba la personalidad humana, se obstaculizaba el desarrollo del individuo; bajo el pretexto de la prioridad de lo general sobre lo individual, se reducían drásticamente los límites sensatos de la libertad; la esencia humana del sistema socialista quedaba vacía de contenido. En otras palabras, el ideal socialista iba perdiendo su elemento principal: el propio ser humano, sus necesidades e intereses, su propia vida.

El nuevo rostro del socialismo

El rasgo fundamental del socialismo es la afirmación de un verdadero poder popular. Nadie, durante toda nuestra trayectoria histórica, lo ha negado. El atraer a las masas a la gobernación del país ha sido siempre uno de los indicios más importantes de la democracia socialista, cuyo desarrollo, según Lenin, consistía en que ésta debía transformarse, a medida del avance cultural y la concientización de las masas, de una democracia para los trabajadores en una democracia ejercida por los propios trabajadores. Al declarar, en el deslinde de los años 50 y 60, que la URSS era un Estado de todo el pueblo, tendríamos que haber conseguido que esto de veras ocurriera. Lamentablemente, las innovaciones teóricas anunciadas durante varias décadas no estuvieron acompañadas de cambios en los mecanismos políticos. Por eso, la democracia socialista, lo mismo que las relaciones de propiedad, no tiene que ser considerada como algo abstracto sino como parte de un mecanismo único orientado a materializar los principios fundamentales de dicha democracia, llamados a asegurar el autogobierno socialista del pueblo y la construcción de un Estado de derecho. Una consecuente realización de estos principios garantiza que nuestro sistema político se desarrolle no sólo sobre principios democráticos sino también verdaderamente socialistas. Es una de las enseñanzas de nuestro pasado y una tarea planteada por la vida y por las realidades de la perestroika.

La nueva imagen del socialismo es su faz humana, lo cual corresponde en plena medida a la idea de Marx, quien veía el futuro de la sociedad en el humanitarismo real, llevado a la práctica, y puesto que su afianzamiento es el objetivo principal de la perestroika, podemos afirmar con todo fundamento que estamos construyendo un socialismo con rostro humano.

Claro que no nos limitamos a declararlo, pues lo importante es renovar el socialismo en la práctica, edificando estructuras socioeconómicas y políticas que sirvan de medio y garanticen de hecho la orientación de todo el sistema social hacia el hom-

bre como objetivo principal. La humanización de las estructuras sociales responde a los requisitos del humanitarismo y de la moral y es la necesidad económica y social de desarrollo de nuestra sociedad.

La perestroika ha venido a demostrar que sólo la incorporación real del hombre como sujeto responsable de los asuntos estatales y sociales permitirá superar su alienación y la diferencia entre los intereses comunes y los personales e impulsar la actividad del individuo en todas las esferas de la vida social.

Por otra parte, es posible humanizar las estructuras sociales sólo aumentando las inversiones dedicadas al ser humano. Debemos comprender, de una vez y para siempre, que la sociedad se desarrollará tanto más intensamente cuanto más desarrollado, competente y disciplinado sea el trabajador. Por eso, el hombre es el mejor objeto para invertir capitales. En este aspecto estamos muy a la zaga de los Estados industrializados, donde las asignaciones a la educación, salud pública y otras esferas destinadas a prestar servicios al hombre son mucho más altas en la renta nacional que en el nuestro. Debemos hacer un viraje radical en este campo, renunciar no de palabra sino de hecho al principio de marginación presupuestaria que se aplicaba a la hora de financiar estas esferas, pues sólo este enfoque responde a los valores supremos del socialismo.

Tiempo de reforma estructural

En el campo económico, nuestro nuevo punto de vista sobre el socialismo nos hace comprender que el progreso de las fuerzas productivas modernas y el aumento de la productividad del trabajo social son inconcebibles sin el desarrollo de formas variadas de propiedad socialista y la creación de nuevos mecanismos económicos de su materialización, capaces de organizar eficazmente y estimular la actividad laboral de la gente.

Al poner en práctica estas transformaciones no tenemos la necesidad de renunciar a las conocidas ventajas del centralismo y la planificación a gran escala. Rechazamos el centralismo burocrático optando por el democrático, es decir, rechazamos un centralismo formulista, impotente, optando por un centralismo real y eficaz. El seudocentralismo departamental debe ceder lugar a los seguros mecanismos de gestión con la ayuda de las asociaciones voluntarias de las colectividades laborales.

Sin lugar a dudas, en el proceso de estas transformaciones se operará una profunda reorientación estructural de la economía, primero, por medio de la reconversión de

las empresas militares, a lo que contribuyen el fortalecimiento de la seguridad internacional, el desarme y el paso hacia un mundo desnuclearizado y, segundo, por medio del aumento considerable de la parte de los artículos de consumo en el volumen global de la producción.

Existe otro aspecto muy importante de la reforma estructural. Aquí nuestras tareas se hacen eco de las búsquedas que desarrolla toda la Humanidad. En la segunda mitad del siglo XX se hizo evidente que el viejo modelo de industrialización - que absorbe colosales recursos naturales y siempre mayores cantidades de materia prima materiales y agentes energéticos - carece de perspectivas. Esa estructura económica despilfarradora podía desarrollarse sólo durante un período limitado y en una parte ilimitada del mundo. Pero no es válida para un período prolongado ni para toda la Humanidad pues resulta destructiva para la naturaleza.

El socialismo, lamentablemente, no supo actuar como líder de la reforma estructural; este papel lo desempeñan los países capitalistas industrializados. Contentos de haber podido evitar las conmociones sociales que se derivan de la crisis energética de los años 70, que azotó el mundo capitalista, nos dimos cuenta demasiado tarde de que allí la conmoción social fue seguida por una enérgica reforma estructural basada en tecnologías de punta y en el ahorro de energía y materias primas. Hoy estamos pagando tributo por la lentitud y la presunción, entre ello en el campo social. La vida nos obliga a comprobar las ventajas de nuestro régimen en el ámbito de la reforma estructural.

Estado y sociedad civil

En el aspecto político la renovación del socialismo lleva a garantizar un auténtico poder del pueblo por medio de la formación de los mecanismos de la sociedad civil y del Estado de derecho. En nuestro país hasta el propio término «socialismo democrático» provocaba una reacción negativa pues se identificaba con la expresión de la línea reformista y oportunista en el movimiento socialista. Hoy hablamos de la democratización tanto del sistema estatal como de toda la vida social, de la democratización que constituye un poderoso estímulo para aumentar la actividad social y la iniciativa de las masas y crea condiciones para que ésta se manifieste.

Al desarrollo de la democracia está orgánicamente ligada la construcción del Estado socialista de derecho, lo cual supone la primacía de la Ley y la concesión a cada individuo de amplias libertades y derechos políticos y sociales que a su vez com-

portan responsabilidad y disciplina así como la creación de eficaces mecanismos de gobierno.

Democracia y libertad son magnos valores de la civilización humana, valores que heredamos y llenamos de contenido socialista. La contraposición, extendida anteriormente, entre la democracia real y la democracia formal implica, por supuesto, un contenido teórico determinado. Somos partidarios de la democracia real, mas no negamos los principios formales de la misma puesto que el Estado de derecho incluye necesariamente estos principios y nuestra propia experiencia demuestra hasta qué punto es importante observar estrictamente los principios jurídicos en la vida de la sociedad. Por todas estas razones podemos decir que estamos construyendo no sólo un socialismo humano sino también democrático.

La principal tendencia en el desarrollo del Estado y de otras instituciones políticas es la conjunción dialéctica de la idea y la práctica del autogobierno socialista del pueblo - cuyas ventajas son la democracia directa y la participación activa de los ciudadanos en la gestión de todos los asuntos de la sociedad a través de los múltiples canales que ofrece la libre expresión de la voluntad popular - con los mecanismos bien ensayados y verificados durante muchos años de la democracia parlamentaria representativa, los cuales aseguran una estricta delimitación de las funciones entre el poder ejecutivo y el poder legislativo, así como la independencia del poder judicial.

El proceso de renovación del socialismo en la esfera social se hace cada vez más profundo y fundamental. En un sentido más amplio, se trata de la esfera del desarrollo social del propio ser humano con sus intereses que se manifiestan en diferentes formas de relaciones sociales. Dicha esfera incluye las condiciones de vida y los servicios sociales, la educación, sanidad, previsión social y el ocio, es decir, todo el conjunto de transformaciones sociales destinadas a cubrir las necesidades del hombre.

Al concentrar la atención en la gestión, entendida superficialmente, de la producción de bienes materiales, el sistema autoritario ha llevado la infraestructura social a un estado de abandono y, en ciertos aspectos, a un estado de degradación. Ahora percibimos directamente que semejante actitud hacia la esfera social también era un factor de estancamiento y causa de las tensiones sociales, actitud cuyos frutos estamos cosechando actualmente.

Aunque los programas sociales son el centro de gravedad de la política de la perestroika, sólo empezamos a adecuarlos a las necesidades del hombre y a los principios del socialismo. Tenemos que superar las exigencias de determinados grupos de que el Estado los tenga a su cargo y la imposición a la gente de las visiones burocráticas del modo de vida socialista. En este ámbito hay que realizar transformaciones cualitativas y éstas se insertan orgánicamente en nuestra concepción del presente y del futuro de la sociedad socialista, de su renovación a través de la perestroika revolucionaria.

Hacia una sociedad humana

En conclusión: el socialismo, hacia el cual estamos avanzando mediante la perestroika, será una sociedad con una economía eficaz, con los mejores logros de la ciencia, la técnica y la cultura, con estructuras sociales humanizadas que habrá garantizado la democratización de todos los aspectos de la vida social y creado condiciones para una intensa vida creadora de la gente.

Al mismo tiempo, muchos procesos renovadores del socialismo, de hecho, son propios de toda la civilización y en una u otra forma acontecen en otro terreno social. En la vida de la Humanidad los problemas globales, comunes para todos, comienzan a ocupar cada vez mayor espacio. Todo ello nos hace suponer que los distintos sistemas sociales, aunque conservan sus particularidades, se desarrollan cada vez más bajo el signo de la prioridad de los valores humanos, tales como la paz, la seguridad, la libertad y la posibilidad de cada pueblo de determinar su destino. El mundo del socialismo avanza hacia los objetivos comunes para toda la Humanidad en el marco de una civilización común, sin negar los propios valores y prioridades, sino desarrollándolos y perfeccionándolos mediante la perestroika revolucionaria, mediante la edificación de una sociedad verdaderamente humana, basada en los principios de la sensatez y el humanitarismo.

*Extractos de La idea socialista y la perestroika revolucionaria, de Mijail Gorvachov. Editorial de la Agencia de prensa Nóvosti, Moscú, 1989.